

LA SÁTIRA ANTIRROMÁNTICA DE MIGUEL AGUSTÍN PRÍNCIPE

Durante el periodo romántico hubo famosos escritores, entre los que se encuentran Bretón de los Herreros o Mesonero Romanos, que compusieron célebres sátiras contra ese movimiento literario ¹ Pero también hubo otros muchos satíricos, de menor renombre, como es el caso del aragonés Miguel Agustín Príncipe (1811-1863), autor de dos tomos de poesías ², varias obras teatrales, novelas, etc. A pesar de haber dejado un número considerable de versos (ligeros, festivos, serios...), muchos de ellos de corte neoclásico, hoy se le recuerda especialmente por sus composiciones satíricas, en las que vierte agudas críticas contra el Romanticismo, y en menor medida contra los clasicistas.

La más elaborada de sus sátiras antirrománticas es un extenso poema, de trescientos setenta y un versos, titulado «El Romanticismo», leído en el Liceo Artístico y Literario en febrero de 1838 ³. En él adopta un tono severo y un estilo bastante retórico y grandilocuente. Sus ataques van destinados, como él mismo precisa, al Romanticismo «exagerado o frenético». Concibe este movimiento literario como fruto de una reacción, extremosa, frente a la opresión anterior, de la que resulta la anarquía: «Entonces fue cuando del seno impuro / de la anarquía infanda, / como furia que aborta el hondo abismo / se alzó el ROMANTICISMO». No duda en calificarlo de «monstruo literario», «fiero», «duro» e «inmoral», cuya ley es la licencia y su numen, el desvarío. Condena la actitud destructiva de ilusiones, de bellos ideales, e incluso de principios morales. No se explica por qué la virtud y la ejemplaridad han de estar reñidas con la poesía. Critica los cuadros que presenta el drama romántico, donde triunfa el crimen y queda impune la maldad. Advierte además de lo cerca que están del ateísmo estas actitudes. Frente a este panorama tan desolador, plantea, y defiende con entusiasmo, su ideal estético ⁴, que no es otro que, «el equilibrio bienhechor», el «justo medio» ⁵, entre los divergentes extremos, caracterizado por los siguientes rasgos:

¹ Véase PEERS, E.A., *Historia del movimiento romántico español*, Madrid, Gredos, 1973, II, pp. 16-24 y 490-507.

² *Poesías*, Madrid, Imprenta de Boix, 1840, 2 vols. El primer tomo lo subtitula *Poesías ligeras, festivas y satíricas* y el segundo, *Poesías serias*. Sobre la obra de este autor, véase ALDEA GIMENO, A. Y SERRANO DOLADER, A., *Miguel Agustín Príncipe. Escritor y periodista (1811-1863)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1989-

³ Esta composición está recogida en *Poesías, ob. cit.*, II, 277-294.

⁴ Peers considera esta última parte del poema de gran interés por la apología que Príncipe hace de su ideal literario, el eclecticismo {*ob. cit.*, II, pp. 126-127.

⁵ Sobre el concepto del «justo medio» dentro del teatro en la primera mitad del siglo XIX,

«Nuestra naciente musa
 en cantos inmortales
 LIBRE a lo menos y ESPAÑOLA sea.
 Religiosa, no atea,
 ni fanática vil: grande y sublime,
 pero bella también, nunca espantosa:
 ideal, no quimérica: graciosa,
 no afeminada: enérgica y valiente,
 nunca dura o feroz: siempre elocuente,
 siempre cercada de ilusión hermosa».

También en el Liceo Artístico y Literario se leyó otra composición de Príncipe al año siguiente, en marzo de 1839, titulada «Tema con variaciones»⁶. Se trata nuevamente de una crítica al Romanticismo. Esta vez, en tono festivo y con un estilo mucho más sencillo, hace una parodia de un poema romántico. Ridiculiza el uso de la variedad de metros «cuando no presiden a su aplicación la elección y tino debidos», utilizando diferentes metros y estrofas para cada una de las partes de este extenso poema, que denomina variaciones. En ellas va pasando revista y exagera a modo de caricatura muchos de los rasgos propios de lo romántico. Comienza por la falta de plan meditado: «Mas ya no se usan / planes meditados / en literatura». La segunda variación se refiere al tono exclamativo y los lamentos. Los grandes contrastes, lo bello y lo sublime, frente a lo feo, grotesco y ridículo, es el tema tratado en la tercera: «Pues digo, musa mía... ¿no es hermoso, / cuanto lo puede ser todo lo feo, / aquel contraste que a lo lejos forman / contiguos un Harem y un Cementerio?». La utilización de vocablos esdrújulos es ridiculizada en la variación cuarta, *Tempo di Waltz*. Maldice su suerte, «mientras otros en orgía horrible / se entregan a las copas y al amor», en la quinta. Para cambiar radicalmente de tono en la siguiente, donde canta la alegría de vivir: «A fuera las penas ¡Cantemos, riamos! / el genio es la vida, la paz, la salud». Por último, se refiere burlescamente a los poetas románticos, los «Trovadores natos / del moderno esplín», y a sus jóvenes seguidores, que gustan de «calaveras, / y quimeras, / y visiones y diabluras». También se mofa del drama romántico: «horrible, sombrío, / inmoral prosaico, / lleno de asesinos, / puñales, venenos, / atahudes, cristos, / prostitutas, magos, / verdugos, esbirros...».

Vuelve a parodiar al Romanticismo en otra composición mucho más breve, aunque más ingeniosa y lograda: la letrilla XIII, titulada «El bajón romántico»⁷.

véase CALDERA, E. y CALDERONE, A., «El teatro en el siglo XIX» (1808-1844), en *Historia del teatro en España*, II, Madrid, Taurus, 1988, pp. 379-392.

⁶ Incluida en *Poesías*, ob. cit., II, pp. 295-329.

⁷ Incluida en *Poesías* ob. cit., I, pp. 240-246. Apareció con anterioridad publicada en la revista *El Entreacto* (1839-40), véase PEERS, E.A., ob. cit., II, p. 126.

Cossío calificó de excelentes tanto esta letrilla como la que dirigió contra los clasicistas⁸. En esta sátira, Príncipe pone de nuevo en solfa la moda romántica, contrastando sus rasgos con los del gusto anterior, y acompañándolos del tono grave y serio del bajón, que es ahora el «moderno diapasón». Remata cada estrofa con el estribillo «¡Maldición!», exclamación frecuente entre los personajes del drama, que contribuye a reforzar la parodia. Señala con ironía cómo la antigua armonía poética ya no se estila; que nuevas voces, «Gasa... brisa... tul... crespón», sustituyen a aquéllas del bucolismo idealizado: «caramillo», «rosa», «cefirillo»; y que la prosa quiere imponerse al verso en los dramas, pero también gusta la desmedida variedad versificatoria («un metro en cada renglón»). Frente a la antigua moralidad, critica con dureza el espectáculo que ahora se contempla: los nuevos héroes del drama romántico son los «Borgia... Antony... Marión»⁹; ya no se premia al inocente, ni se castiga al malvado; y en cuanto a los personajes, se muestran con rasgos diabólicos, cuando no impúdicos o soeces.

En suma, como hemos podido observar, Príncipe, en un periodo relativamente corto, el comprendido entre 1838 y 1840, se manifiesta claramente a favor de la tendencia moderada de aquellos que propugnaban el «justo medio»¹⁰. Se consideraba ya liberado de la norma clásica, pero no aceptaba la desmesura de los románticos, sobre todo en lo concerniente a la moralidad. Contra éstos escribe una y otra vez. Aunque los argumentos que aduce son similares, cambia el modo de exponerlos. Inicialmente utiliza el tono serio, para pasar después al festivo, en el que se muestra mucho más ingenioso, posiblemente pensando, como tanto otros escritores habían hecho, que para señalar los defectos es mejor ridiculizarlos con gracia.

IRENE VALLEJO GONZÁLEZ
Universidad de Valladolid

⁸ Véase Cossío, J.M., *Cincuenta años de poesía española (1850-1900)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1960, vol. II, p. 815.

⁹ Conocidos personajes de dramas de Víctor Hugo y Alejandro Dumas.

¹⁰ Fruto de esa búsqueda del equilibrio, o de equidistancia entre ambas tendencias, es una de sus composiciones titulada «El árbol: poemita clásico-romántico, o del género medio», fechado el 25 de abril de 1838.